que retrocedieron sobrecogidos de espanto. Volviéndose hácia ellos Canuto les dijo: ¿qué es lo que haceis? ¿qué vano terror se apodera de vuestras almas? ¿no estais en compañia de un dios? En seguida estendiendo la mano sobre el mar, esclamó solemnemente: Olas, os prohibo que adelanteis mas sobre esta tierra que me pertenece. Alejaos de mi reino. Obedeced. Apenas habia acabado de hablar cuando una segunda ola mas furiosa que la primera se dejó caer sobre él y lo cubrió casi todo entero. Entonces se levantó con serenidad y abandonando su asiento á la mar, dijo á sus cortesanos confundidos: ¿Os atreveis todavía á comparar el poder de un rey de la tierra con el del gran Ser que gobierna los elementos? ¿Osareis aun comparar un miserable mortal con aquel que es el único que puede decir al Océano: "llegarás hasta aquí y no pasarás."

§ V.

Agradecimiento.

La gratitud es un sentimiento que atrae al agraciado hácia el bienhechor, con el deseo de comprobar este sentimiento con hechos ó por lo menos por la confesion del beneficio, que se publica con gusto en las ocasiones que se procuran con sinceridad ó de las que se presentan, aprovechándolas con cuidado.

La ingratitud es un vicio contrario á la naturaleza pues que aun los mismos animales son agradecidos.

Hay entre el bienhechor y el agraciado una tácita convencion que consiste en que el uno debe olvidar al momento el servicio que ha prestado y el otro acordarse de él siempre. [Varios autores]

TOMAS CRONWEL.

Un negociante de Florencia llamado Frescobaldi, tenia y con sobrada razon, la fama de un hombre liberal y benéfico. Un dia, un extrangero de una fisonomia muy distinguida, pero muy mal vestido, se presentó á él. El elogio que he oido hacer de vuestra generosidad, le dijo, me dá valor para solicitar de vos algunos auxilios. Nací en Inglaterra, y me llamo Tomás Cronwel. He dejado mi país para buscar fortuna, pero la adversidad me ha perseguido por todas partes. Acabo de salir de una enfermedad y estoy sin arbitrio alguno para volver á mi país. Frescobaldi, sensible á su infortunio, le hizo vestir decentemente, lo admitió en su casa hasta que hubo recobrado del todo sus fuerzas, y le dió al marchar, treinta piezas de oro para su viaje. De vuelta á Inglaterra consiguió Cronwel una colocacion en una administracion, despues hizo una rápida carrera, ganó enteramente el favor del rey Enrique VIII y finalmente, fué nombrado canciller de Inglaterra.

En el entretanto, Frescobaldi, que habia olvidado á Cronwel, é ignoraba su prosperidad, se vió, á resultas de pérdidas repetidas en mar y tierra, reducido casi á la indigencia. Como muchos comerciantes ingleses le debian una cantidad considerable, partió para Inglaterra, con intencion de cobrar su dinero. Un dia que habia salido á ver á uno de sus deudores, encontró al canciller á caballo, que volvia al palacio. Habiendo fijado en él los ojos Cronwel, reconoció al momento al hombre que le habia hecho en Italia un servicio tan importante. Baja del caballo, y corre á abrazarle. Frescobaldi estaba sorprendido. ¿No me conoceis? dijo el canciller, yo soy aquel inglés á quien sacasteis de la miseria, vos me habeis salvado la vida y sois quien ha hecho mi fortuna actual. Mis deberes no me permiten permanecer con vos en este momento, pero os conjuro que vayais hoy mismo á comer conmigo á casa. Os dejo con esta esperanza; y sigo mi camino.

Muy contento con semejante encuentro, Frescobaldi fué exacto á

la cita, y le hizo el canciller el recibimiento mas afectuoso. Despues de la comida, Frescobaldi, habiéndolo informado á instancias suyas, de su desgraciada situacion, el canciller lo precisó á pesar de su resistencia, á que admitiera cuatro sacos, cada uno de los cuales contenia una suma considerable, diciéndole: Ved aquí el dinero que me habeis adelantado en Florencia, con el aumento de los intereses y beneficios probables que os habria producido en vuestro comercio: no es un regalo el que os hago, sino un reembolso. Le pidió en seguida la lista de sus deudores é hizo practicar tales diligencias, que en menos de quince dias estaba todo pagado. Frescobaldi, en todo este tiempo, estuvo viviendo en la casa del canciller, quien habria de buena gana retenídolo en Inglaterra; pero como Frescobaldi al mismo tiempo que sentia mucho separarse de un amigo tan generoso, quiso volver á su patria, el rey Enrique VIII por obsequiar los deseos de su canciller, lo recomendó tan eficazmente al duque de Toscana que el honrado comerciante, de vuelta á Florencia, se hizo en poco tiempo mas rico que antes.

EL ARGELINO.

En 1683, una escuadra francesa bombardeó á Argel para castigar á sus habitantes de sus piraterías y de sus crímenes. En su rábia, aquellos bárbaros ataron en la boca de sus cañones á los prisioneros franceses, cuyos miembros eran lanzados de este modo á los navíos.

Un capitan argelino, que habia sido en otro tiempo prisionero de los franceses, y tratado por ellos con la bondad que les es natural, reconoce entre los que van á sufrir aquella muerte horrorosa, á un oficial que le habia hecho el mayor de los servicios. Pide con gritos y lágrimas que se salve al oficial, pero son inútiles sus plegarias. Van á dar fuego al cañon á que está atado el oficial francés, cuando el argelino se echa en el acto sobre él, lo abraza estrechamente, y dirigiendo la palabra al artillero, le dice: Tira, ya que no puedo salvar á mi bienhe-

chor, tendré al menos el consuelo de morir con él. El dey (1) que estaba presente, no pudo resistir á la emosion que produjo en él aquel espectáculo, y otorgó al hombre generoso la salvacion de su bienhechor.

BENEFICIO Y AGRADECIMIENTO.

En la jornada de 10 de Agosto de 1792, un capitan de las guardias suizas se habia estado batiendo desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde; habia recibido muchos sablazos. Desfallecido por el cansancio y por los padecimientos, consiguió ocultarse encima de un arbol en el jardin de las Tullerías, hasta las ocho de la noche. Esperando entonces salvarse á favor de la oscuridad, baja de su arbol para ir á buscar un asilo. Al pasar por la plaza de Vendome, ve un grupo y se oculta en la balaustrada que rodeaba la estátua de Luis XIV. Un jóven criado de un rico financiero que vivia en la calle de Vivienne percibe al militar que se oculta y corre hácia él gritando: ¿Quién va allá? El capitan le descubre su nombre y su calidad. Amigo mio, añadió, quien quiera que tú seas, mi suerte está en tus manos. Libértame si quieres, porque estoy rendido de cansancio; herido, sin asilo, y ya la vida me sirve de carga. Conmovido el jóven de compasion, lo lleva al hotel del financiero y lo oculta en su pequeño cuarto, en donde cuida de que nada le falte. Informado del hecho el financiero, y temiendo comprometerse, pone en la calle al protegido y al protector. El buen jóven, conduce á su huésped á la casa de su madre, que vendia carbon en la avenida de la Gréve, y lo exhorta á tener paciencia en aquel humilde retiro, hasta momento mas favorable.

Sabian el jóven y su madre que concediendo asilo á un proscrito arriesgaban la vida; pero el sentimiento de la humanidad podia mas en ellos que el temor del peligro: aun fueron sospechosos y se creyó que ocultaban en su casa á alguno, y vinieron á su miserable tienda á ha-

---

[1] El soberano de Argel tomaba el nombre de DEY.

cer una visita domiciliaria; á penas tuvieron tiempo para ocultar al capitan debajo de una docena de sacos de carbon.

Se hizo la visita escrupulosamente, sondearon los sacos con picas de cuatro piés de largo; se retiran los visitantes, y el capitan está fuera de peligro. Gonsigue por fin un pasaporte bajo nombre supuesto, y vuelve al canton de Berna, en donde poseia una fortuna considerable. Apenas habia llegado, cuando mandó una cantidad de dinero á sus favorecedores, con la invitacion mas eficaz de que vinieran á verlo á Suiza. Llegaron á este país y él los recibió con las muestras de la mas afectuosa gratitud en una finca de campo que les hizo aceptar.

ALEJANDRO MARTIN.

En Champrond de Gatinais, en la comprension de Noguet-le-Rotru, que pertenecia en otro tiempo casi todo entero á Sully, vivia un carpintero llamado Alejandro Martin, cuya familia habia sido colmada con los beneficios del marqués de Aubespine, descendiente de Sully. Martin debia su educacion y su situacion á la bondad de Mr. de Aubespine, que durante la revolucion lo tuvo á su servicio, y él no habia olvidado los primeros beneficios de su amo: en treinta y cinco años, siempre estuvo con él.

El marqués de Aubespine se arruinó, y viéndose precisado á venderlo todo, únicamente reservó tres rentas vitalicias: una para él, otra para su hijo, y la tercera de 400 francos, para Martin; poco despues murió. Acababa Martin de retirarse al seno de su familia, contando en vano con la pension que los acreedores hicieron ocupar. Privado de aquel auxilio, habia vuelto tranquilamente á ocuparse de la profesion de sus primeros años, cuando una tarde se abre su puerta.... Mr. de Aubespine, hijo de su bienhechor, se presenta con sus tres tiernos hijos forzado á huir de Francia y á expatriarse. No habla á Martin mas que de una corta ausencia y se va para ya no volver, dejando al carpintero sus tres hijos, último resto de la sangre de Sully.

Tenia Martin por su parte tres hijos. Felizmente su hija mayor

acababa de salir del aprendizage y estaba ya capaz de trabajar. Su madre y ella ganaban veinticuatro sueldos por dia; Martin ganaba treinta. Con esta renta es con lo que esperaban asistir á la nueva familia que la Providencia añadia á la suya. Cuando falta el trabajo, pide prestado; cuando no puede conseguir prestado, venden uno de sus muebles. Se alimentan con pan negro, pero nunca falta el pan blanco para los jóvenes Aubespine.

A los seis años ya no existia el padre de los tres hijos. Necesitaban los pobres huérfanos un tutor, y ¿quién otro podia serlo sino Martin? La tutela de los descendientes de Sully fué encomendada á este corazon noble. En el entretanto, los sacrificios de Martin se habian sabido en la comarca. El hospicio de Noguet-le-Retru, que Sully habia dotado y que guardaba el depósito de sus cenizas, dió algunos socorros para la educacion de los niños. Así pues, de toda la herencia de aquel gran ministro, la parte que destinó á los pobres es la única de que ha participado su posteridad.

El gobierno concedió una dotacion en un Liceo al jóven de Aubespine, sus dos hermanas fueron admitidas en pensiones administradas por religiosas, y una recompensa solemne concedida á Martin, consagró para siempre el recuerdo de su agradecimiento y de su fidelidad.

EL MAESTRO DE ESCUELA.

Bernadote, despues de haber hecho en el colegio de Pau, su patria, brillantes estudios, llegó á ser un gran capitan, un hábil ministro, y subió, en fin, al trono de Suecia, bajo el nombre de Cárlos Juan. Saliendo un dia de su palacio para ir á pasar revista á sus tropas, vió á un anciano romper el monton de gente que le rodeaba y venir á arrojarse á sus piés, conmovido, sin poder pronunciar una palabra, pero con los ojos llenos de lágrimas y teniendo en su mano, que agitaba en el aire, una pequeña medalla de plata suspendida de un liston enteramente usado. Fija Cárlos Juan por algun tiempo los ojos sobre aquella medalla, es la primera que ha portado en la escuela primaria de su ciu-

dad natal; la conoce y su corazon se estremece. Levanta al anciano que se la presenta; es su primer maestro: lo abraza, lo lleva á su palacio y no lo deja salir, algunas semanas despues, sino para que vuelva á vivir bajo el cielo de Francia, con una pension que le asegura su agradecido alumno.

EL PRECEPTOR.

Hace veinte años que vivia en Reims un preceptor, M. P..... á quien querian todos sus discípulos. Era rígido y bueno, instruido y modesto. Despues de algunos años de trabajos, poco fructuosos, reveces de fortuna lo precisaron á dejar aquella ciudad y sus antiguos discípulos lo perdieron de vista, conservando siempre de él el recuerdo mas vivo y afectuoso.

En el mes de Noviembre de 1846, un habitante de Reims, todavía bastante jóven, atravesando una de las calles mas estrechas y sombrías del cuartel de la Cité, en Paris, percibió á un anciano cuya miseria y distinguido semblante le conmovieron vivamente. Se acerca á él, y ¡cuál fué su emosion reconociendo en este desgraciado á su antiguo maestro! Se le aproxima, cambia con él los mas afectuosos cumplimientos, le pregunta con precaucion y consigue saber en donde vive. Llevando mas lejos sus investigaciones, se informa secretamente de los medios de existencia de aquel anciano, y sabe con dolor que está casi sin recursos.

El antiguo discípulo de M. P.... vuelve á Reims, reune una noche en su casa á sus antiguos condiscípulos, les refiere el encuentro que tuvo y los compromete á reunirse á él para ir á socorrer á su desgraciado maestro. Durante la sesion, se acuerda que se le asegurará una pension de mil francos hasta el fin de sus dias.

El 1° de Setiembre de 1846, M. P.... ha recibido adelantado el primer trimestre de su pension.

Tenemos gusto en citar un rasgo tan noble y tan tierno. El pone de manifiesto que la ingratitud no se ha hecho, como dicen, un vicio

universal, y que el preceptor que ha sembrado buenas lecciones, cosecha algunas veces el agradecimiento.

PEDRO Y MENZIKOFF.

El famoso Menzikoff, habia espuesto su vida en un combate por defender la de su soberano Pedro el Grande. Reunia este favorito á brillantes cualidades, grandes defectos: su codicia, lo mismo que su ambicion, no tenian límites. Habia destinado á su provecho particular, fuertes sumas, dedicadas á las necesidades públicas. Habiendo salido de Petersbourg en seguimiento del Czar que iba con muchìsima prisa á Azov con el fin de sorprender esta ciudad y de acometerla, supo en el camino que lo habian denunciado y que el Czar estaba plenamente informado de las graves faltas de su favorito.

El silencio y el semblante sombrío del príncipe, cuya severidad inflexible conocia él, le anunciaron su desgracia: se consideraba ya precipitado de la cumbre de los honores al oprobio y á la miseria: los desiertos de la Siberia, la soledad de un prolongado destierro, el hacha que amenazaba su cabeza, hieren sucesivamente su imaginacion; se inflama su sangre, se declara una fiebre maligna, se detiene en una miserable cabaña y permanece allí durante tres semanas sumergido en un espantoso delirio. Se despierta por fin y vuelve en derredor del pobre aposento sus inquietas miradas; parece que todo lo ha abandonado; un solo hombre está cerca de él, un solo hombre lo cuida, una sola voz le dirije palabras de consuelo, esta voz es la de su príncipe, este hombre es Pedro el Grande.

Aquella inopinada visita le vuelve la vida y la fuerza; abundantes lágrimas inundan su rostro. ¡Gran Dios, esclama! ¡Señor, sois vos! Sí, durante tres semanas no he dejado este aposento. ¡Qué, aun me amais! ¡Me habeis perdonado! ¿No habeis pronunciado la sentencia de muerte de un culpable? Desgraciado, dijo Pedro abrazándolo, podias creer que olvidaría que me has salvado la vida? Arrepiéntete de tus estravíos, no vuelvas á caer en ellos y cuenta siempre conmigo.

EL AGRADECIMIENTO RECOMPENSADO.

JULIAN.

Era Julian hijo de un pobre carpintero que murió dejándolo en el abandono y en la mas espantosa miseria. Un hombre rico, llamado Mr. Dulac, tuvo lástima del pobre huérfano, y lo puso en una carpintería para hacerlo aprender el oficio de su padre.

Cuando Julian tuvo diez y seis años, Mr. Dulac le hizo venir á su presencia y entregándole una bolsa le dijo: Julian, hasta ahora te has portado bien, todas las gentes me han hablado de tí con elogio, continúa. Hé aquí una corta cantidad que te doy para que dés una vuelta por la Francia. Es menester que viajes á fin de que te perfecciones en tu oficio. ¡Adios! sé hombre de bien, si quieres ser algun dia un hombre feliz, porque solo hay dicha para las gentes honradas.

Lloró mucho Julian al dejar á su bienhechor; en seguida viajó cinco años, siempre trabajando con todas sus fuerzas; en todas partes se portaba muy bien. Quiso venir despues ó su pueblo natal; mucha ansia tenia por volver á ver los sitios en que habia pasado su infancia; deseaba sobre todo volver á ver á su bienhechor.

¡Pero cuál fué su desolacion cuando llegó á su aldea! Allí supo que Mr. Dulac acababa de morir casi repentinamente.

Julian esperimentó una pesadumbre mortal. Durante algunos dias estuvo incapaz de hacer otra cosa que llorar. En seguida se puso á trabajar. Nada tenia, pero se habia perfeccionado en su oficio y se apresuraban las gentes á darle que hacer. Acostumbrado á la economía, se alojó en una pequeña cueva, mientras su trabajo le permitia hospedarse mejor.

Se supo, despues de algunos dias, que los herederos de Mr. Dulac acababan de llegar y que vendian todos los muebles que le habian pertenecido. Fué Julian á aquella venta, no por curiosidad sino por volver á ver el lugar que habia habitado su bienhechor. Cuando entró en la casa, se oprimió su corazon y sus ojos se empaparon en lágrimas.

Muy pronto su dolor se unió á la indignacion cuando vió que la sobrina y el sobrino de Mr. Dulac, hacian vender todos los muebles de un tio que habia sido tan bueno para ellos. ¡Ah! decia; si estuviera yo en su lugar lo conservaría todo por respeto á su memoria.

Se iba á retirar, cuando oyó gritar: por tres francos un cuadro. ¡Cuánta fué su indignacion! era el retrato de su bienhechor.

Se oprimió con esta vista su corazon. ¡Ah ingratos, esclamó, venden el retrato de su tio!

¡Y bien! voy á comprarlo yo: la imágen de un hombre que tanto bien me hizo, no caerá en manos desconocidas.

Julian no poseia en el mundo mas que cinco francos; los ofreció y le fué vendido el retrato.

Lo tomó con trasporte. No podia abstenerse de besar aquella boca que tantas veces le habia sonreido con bondad, y aquellas manos que tantas ocasiones se habian abierto para socorrerlo.

Se llevó el retrato para suspenderlo en su pequeña cueva; pero al conducirlo se admiró de encontrarlo muy pesado. Quiso suspenderlo en la pared, se rompió el clavo y cayó el retrato. Lo levantó Julian con precaucion. Se habia rotado un poco por detrás y salia un rollo del fondo del lienzo. Toma Julian el rollo, lo abre. ¡Cuál fué su asombro! Encuentra en él cincuenta luises. Habia entre las dos telas otros cuatro rollos semejantes, y formaban todo la cantidad de doscientos cincuenta luises

¡Cielos! esclama Julian saltando de alegría al derredor de su tesoro. ¡Hé aquí pues, que he venido á hacerme rico!

Vino sin embargo á atormentarlo una idea. Este dinero, dijo para sí, ¿me pertenece verdaderamente? Verdad es que me han vendido este retrato, pero, ¿lo habrian dado por cinco francos si hubieran sabido que encerraba tesoro semejante? No, este dinero no es mio, es menester llevárselo á los herederos.

Mientras formaba esta resolucion, vió en el suelo un pequeño billete que habia caido con los rollos y que no habia visto él antes. Lo levanta y lo abre. El billete estaba concebido en estos términos:

Temo mucho que mis herederos sean unos ingratos....Si come-